

Bibliografía

UN ENFOQUE DISTINTO DE LAS LUCHAS CAMPESINAS

Las luchas campesinas del siglo XX, ERIC R. WOLFF, Siglo XXI Editores, S. A., 1972, 438 pp. y mapas.

La incursión de un antropólogo en campo extraño no deja de significar una aportación para el esclarecimiento de los problemas ajenos a su especialidad, en este caso sociales. Sin embargo, se advierten las deficiencias de quien ubicado intelectualmente se confunde en la interpretación de fenómenos que rebasan su campo.

Decimos lo anterior porque en el libro que presenta la editorial Siglo XXI se intenta poner de relieve los elementos prioritarios de seis movimientos o luchas campesinas. Pero aun cuando al final de la obra se señala que los males contra los que se rebelan los campesinos son “manifestaciones locales de grandes perturbaciones sociales”, a todo lo largo del libro se circunscriben estos males a un ámbito rural determinante. Campea, pues, un cierto provincialismo intelectual, pues las luchas campesinas se inscriben en un foro más amplio; difícilmente sería aceptable la tesis de luchas obreras sin ubicarlas en el contexto histórico que las hace aflorar.

Más aún: de los casos tratados cinco de ellos son convulsiones sociales que triunfaron en su tiempo y uno de ellos, Vietnam, quedó, al menos en el sur de ese país, diferido por la presencia de tropas norteamericanas. Esto amplía notoriamente su trascendencia y les hace perder el carácter rural que les impone Wolff.

Naturalmente, el autor no deja de advertir estas incongruencias con la supuesta índole campesina y se propone, según el prefacio, “tanto indicar las características periódicas, como dar cuenta de las diferencias estratégicas de cada caso en relación con el precedente”.

En todos ellos se remonta al pasado de las luchas campesinas descritas y esto —explícitamente basado en materiales de segun-

da mano— revela algunas debilidades propias del eclecticismo en la investigación social.

En el caso de México el autor recuerda más de una de las ya tan trilladas tesis sobre el México porfirista, como por ejemplo aquella que alude a la Revolución como “un conflicto entre generaciones sucesivas [!] que reclamaban el poder como un intento de corregir las injusticias y crear nuevas condiciones sociales y políticas”, hasta la que esgrime la ingenuidad campesina que añora una inexistente “edad de oro” y que limita los planteamientos políticos de sus líderes a la regeneración de las aldeas como núcleo social. De ello la cohesión interna de las guerrillas zapatistas pero, también, su debilidad sustancial. Esto trascendió en su carácter militar, prioritariamente defensivo, local y estrictamente vinculado a la tierra. Seguramente su criterio coincidente, parcialmente, con Womack no se aproxima a la entusiasta apología de Gilly.

Para el autor —nuevamente Womack— el villismo registra limitaciones de diversos signos pero mayores aún, pues Villa “glorificado en las batallas no tenía comprensión para las exigencias sociales y políticas”. Es decir, sostiene un criterio discutible al máximo por referirse a un líder triunfante que registró altibajos militares notorios. Ambos líderes, empantanados en sus complejos y atavismos no planteaban una opción política para el país: “Una tercera fuerza rompió este estancamiento, el ejército constitucionalista de sólo 26 000 hombres”.

La habilidad de Carranza refugiado en Veracruz impresiona al autor, que observa “cuánto se parecía esta victoriosa estrategia a la de Benito Juárez” y que “le permitió impedir la consolidación de sus enemigos en la meseta central”. Ratifica aquellas divergencias en los constitucionalistas que encarnan en Carranza y Obregón y que devendrían en otra ruptura y reanudación de la lucha armada.

“La venganza de la historia” —que no la dialéctica de los fenómenos sociales— explican para el autor el hecho de que “los principios de los derrotados se convertirían una vez más en la guía de los triunfadores”. No deja de aludir al reflujó de la Revolución y las crisis subsecuentes surgidas en el seno del grupo triunfador; Cárdenas y su tiempo y un ejecutivo central que contemporáneamente determina el sistema político nacional.

La interpretación de Wolff de nuestro *movimiento social* deja mucho que desear y reitera aquellas interpretaciones de la historia que descansan en el héroe y su leyenda. Añadido a lo anterior están algunas ininteligibles expresiones que ignoramos si abonárselas al autor o al traidor: “La reforma agraria se ha convertido nuevamente en un hijastro desde el punto de vista económico; se favorece la propiedad privada sobre los arreglos [!] comunales. . .” o bien aquella infortunada expresión que alude a la “periferia sur. . . y la periferia norte. . . ambas alineadas a su vez contra el centro”.

Según más de un estudioso, a la Revolución rusa difícilmente se le podría tildar de campesina. Fue producto de un núcleo reducido de visionarios, que no alcanzaban a ocupar un diván —según Ulianov—, los que hicieron “saltar” históricamente y quemar etapas a una sociedad. Sus consecuencias penetraron las comunidades, pero su centro de expansión radicaba en aquellos “islotos capitalistas en el mar rural ruso”. Afectó drásticamente a toda la sociedad y es discutible si logró conmover menos que el movimiento mexicano la propiedad rural, cuestión que explícitamente sostiene Wolff.

Al aludir a los movimientos campesinos “anarquistas por antonomasia” no percibe que la que considera revolución campesina se deriva de un vacío de poder creado por el abandono de un ejército zarista derrotado y que no siendo rural sino una revolución socialista a la defensiva ante el ataque coaligado de ejércitos extranjeros, se explica que “los bolcheviques hicieron poco —o pudieron hacer poco— durante los años de la guerra civil para influir sobre la estructura de la aldea”. Definitivamente, señala con precisión el caso de un *movimiento campesino inscrito y superado por la revolución socialista*: la lucha de Majno, de la que ya Víctor Serge nos diera noticia. Es decir, para el caso ruso parece que se quiere forzar la realidad y asimilarla al esquema diseñado.

Tal vez el caso chino sea el más próximo al esquema de Wolff, ahí donde los campesinos “fueron actores principales” bajo el catalizador que representaron los comunistas. La forma en que las células del PCCH lograron penetrar las aldeas y “desplazarse en ellas como pez en el agua” son apreciaciones sólidas de una revolución que se desarrolló de la periferia al centro y por ello “no es sorprendente que en 1949, cuando el partido comunista estaba listo para tomar China, cerca del 80% de los miembros del partido fueran campesinos”; pero ya habían operado factores exógenos que favorecían la cohesión nacional: la invasión japonesa que propició “la movilización de las aldeas en favor del partido y del ejército” al grado de que “sin la guerra como catalizador, es poco probable que la coalición con los campesinos dirigida por los comunistas hubiese obtenido el notable éxito que alcanzó. . . mientras que la guerra y la inflación debilitaron fatalmente el régimen de Chiang Kai-Shek”. No obstante la transformación social que ha originado el PCCH, no deja de existir una relación de continuidad milenaria: “con su gran tradición de administración de obras hidráulicas y públicas, el Estado siempre se concibió a sí mismo como la fuente primaria y última de decisiones”. Es decir, un invisible nexo sustentado, al menos parcialmente, en aquel sistema económico que conocemos como el modo asiático de producción.

De cualquier manera que se le vea, ésta es una de las partes logradas de la obra, aunque controvertible por lo que actualmente significa la República Popular China.

Vietnam, “lo que bien puede convertirse en una de las guerra más costosas, moral y económicamente, de la Historia” es abordada por Wolff. Abundan reparos por la acepción “campesina”, por lo inadecuado para el caso. No obstante, logra aciertos claros; no son los menores aquellos relativos a las consecuencias de la irrupción del imperio francés en un ámbito similar al chino pero “quizá debido a que representó una rama provincial de la tradición china, que servía de prototipo, el sistema vietnamés parece haber sido incluso más formalista que el chino”. Los resultados fueron catastróficos ya que “una de las consecuencias inmediatas. . . fue convertir el arroz en una importante mercancía de exportación” lo que “ligó a la población de Vietnam a las vicisitudes del mercado mundial”.

La explotación colonial francesa de los recursos del país es motivo de señalamiento concreto, bien mediante las prohibiciones al fomento de cultivos competitivos con las exportaciones metropolitanas o estableciendo monopolios gubernamentales de la sal, el alcohol y el opio, en detrimento de la salud del pueblo.

La erosión de las relaciones intracomunales como política imperial es elucidada a plenitud, aun cuando Wolff confunde la dinámica de una sociedad colonizada con una política agraria francesa errónea, “la de permitir que las tierras comunales cayeran en manos de especuladores y jefes aldeanos deshonestos”. Esto es lo típico en el sector rural de un país dominado como también el que “el conserje francés de la Universidad de Hanoi ganaba más del triple del salario de un ingeniero vietnamés”.

El paralelismo entre Vietnam y China es claro y el autor no deja de ponerlos de relieve; las formaciones políticas que respondían a la intromisión extranjera con los grupos secretos de activistas, el impacto de los comunistas en la pequeña burguesía —por el hecho inadvertido por Wolff de coincidir sus intereses con los elementales de las diversas clases sociales del país— y el congelamiento de la reforma agraria ante la lucha armada. La reforma se realizó después de Dien Bien Phu al grado de que “entre 1958 y 1960, el 85% de las unidades agrícolas y el 76% de la tierra de Vietnam del Norte se colectivizaron”. Las consecuencias de un tratado incumplido por la potencia que vino a llenar un vacío de poder, Estados Unidos, son conocidas de sobra y poco menos el hecho de que aún Vietnam viene pagando una factura que es moralmente indeseable aun cuando las grandes potencias la utilicen para inclinar a su favor el fiel de la balanza política.

En Argelia —como en Vietnam— sabemos que Francia tiene mucho que ver y el autor parece empeñado en refutar las tesis de F. Fanon; cierto que éste es radical, como lo es el colonialismo que agudizó singularmente sus prácticas policíacas y el genocidio de modo permanente y sistemático.

No obstante la sorprendente actitud de Wolff, pone en claro la relación dialéctica entre el afianzamiento de la administración francesa y la dilución de las comunidades y relaciones sociales argelinas. La penetración de las manifestaciones capitalistas de modo descarnado, describe cómo fueron “dejando a la población rural en una dependencia total, en épocas de escasez, de los prestamistas y comerciantes a crédito” y la manera compulsiva en que el despojo rural propició el monocultivo argelino: el viñedo, al grado que “las exportaciones de vino llegaron a constituir el 50% de todas las exportaciones argelinas. La superficie

de las viñas aumentó más del doble entre 1900 y 1954, a costa de las cosechas de alimentos y los pastizales”.

Pero en el caso argelino, la “lucha campesina” de Wolff, que en verdad es lucha antiimperialista, el análisis sociológico enrarece el señalamiento inicial: el deseo de refutar al pretendido maniqueísmo de un radical —¿cuándo los radicales no lo han sido?— Fanon, que interpreta *inadecuadamente* el dominio francés. Wolff es desconcertante: el ambiente que define al colonialismo es radical, discriminador, maniqueo y Fannon, estos o no de acuerdo, enfrenta a la violencia reaccionaria con la violencia revolucionaria, con el solo derecho de un pueblo, Argelia, a ser como lo consiguió, libre de los dictados de la metrópoli.

La Revolución cubana, el marco en el que se llevó a cabo y su explicación, es el sexto y último de los casos de estudio. Las diferencias entre el movimiento antillano y las precedentes es intentada; la dimensión del país, el carácter relativamente novedoso de la cultura isleña y del azúcar como monocultivo son mencionados someramente, así como la carencia de discriminación racial que favorecieron la solidaridad en contra del conquistador español. La lucha liberadora —sin la menor alusión a José Martí— y las “semillas de discordia [que] se sembraron durante la ocupación norteamericana...” —¿por quiénes?— son, definitivamente maltratadas por Wolff que se constriñe a los avatares militares y los principales jefes. Con observaciones valiosas logra delinear el impacto social de las “centrales” cañeras que crearon un proletariado rural y su supeditación a un mercado libre de mano de obra y cómo “el deseo de los trabajadores azucareros cubanos de romper este ciclo (zafra-desocupación) habría de constituir una de las principales bases de sustentación para el gobierno revolucionario después de su ascenso al poder”, situación que propició las rectificaciones que Guevara justificaría.

Pero Wolff vuelve a los claroscuros que tipifican su obra, pues “entre las 20 repúblicas latinoamericanas Cuba ocupaba el quinto lugar por el ingreso anual per cápita...” etc., sin condicionar la paupérrima validez de un índice que esconde la distribución del ingreso que caracteriza a los demás países.

Ni los acérrimos enemigos de la Revolución cubana pusieron a discusión la podredumbre del batistiano. Wolff alude a dicho régimen como una “organización semisindicalista” por el hecho de dar lugar a “representantes de todas las clases”, y al triunfo de la revolución y el apoyo popular al régimen cubano, como la creación de “un centro nacional efectivo que demostró ser inmune a las amenazas una vez que se rompieron las relaciones entre Estados Unidos y Cuba”.

Termina la obra con una serie de conclusiones, que se antojan divagaciones, respecto a un problema que como el de las llamadas luchas campesinas no pueden extraerse de su momento histórico y cuando así se procede el análisis pierde seriedad al arrancarlas de aquel complejo de elementos que imprimen su sello determinante a los fenómenos sociales.

La obra prolijamente reseñada es, pues, una abigarrada serie de pinceladas que captan partes de un amplio mural y dejan áreas en plena oscuridad o bajo los distorsionados efectos de luces multicolores, como en el caso de Argelia, que resultan incomprensibles en un estudio de las comunidades rurales, pero que ideológicamente ubican definitivamente a un revolucionario —Fannon— y a Wolff.—RUBEN MUJICA VELEZ.

ESTUDIO SOBRE LA INDUSTRIA TABACALERA

La industria cigarrera en México, HUMBERTO MANDUJANO ARROYO, Escuela Nacional de Economía, UNAM (Tesis profesional), México, 1972, 165 pp.

Después de examinar el tema relativo a la industrialización en los países subdesarrollados, de señalar el papel que en ella desempeñan las industrias de consumo y aludir al proceso de evolución de las mismas en México, el autor de esta tesis se refiere concretamente a la industria tabacalera, comenzando por indicar las características del cultivo del tabaco, que se realiza fundamentalmente en zonas de temporal, con escasez de riego; y que la producción del mismo se ve afectada por condiciones climatológicas que inciden fuertemente en los rendimientos medios, los cuales aumentan gracias al uso de fertilizantes, insecticidas, fungicidas y a otros elementos tecnológicos y a la maquinaria. En 1925 la producción de tabaco ascendió a 9 000 toneladas, llegando en 1950 a 35 000 y en los diez años siguientes esta última cifra se duplicó, siendo en 1960 de 72 035 toneladas anuales, lo que obedeció a dos factores fundamentales: aumento en la superficie de cultivo, que pasó de 15 956 hectáreas en 1925 a 53 759 en 1960 y aumento en la productividad por hectárea, por la utilización, cada vez en mayor proporción, de fertilizantes y demás elementos antes señalados. Sin embargo a partir de ese año se observó una reducción en la producción, que fue muy irregular hasta 1969, por razones climatológicas. La de 1969 fue de 75 177 toneladas. La de 1956 sólo llegó a 53 651 toneladas.

La explotación del tabaco en México se localiza principalmente en cuatro zonas perfectamente bien determinadas, que son: Nayarit-Jalisco, que comprende casi la totalidad del estado de Nayarit y parte de Jalisco; Veracruz-Puebla, que comprende los distritos de Papanthla, El Espinal, Martínez de la Torre, Gutiérrez Zamora, Tlapacoyan, Poza Rica y Tezuitlán. El tabaco cultivado en esta zona se denomina “Tlapacoyan”, y es un tabaco oscuro; Centro-Veracruz: distritos de Zongolica, Yanga, Amatlán, Córdoba, Tomatlán y San Juan de la Punta. El tabaco cultivado ahí se denomina “Córdoba” y también es un tipo de tabaco oscuro; Simojovel: que comprende parte del estado de Chiapas, y produce precisamente el tabaco denominado “Simojovel”. La región de los Tuxtles, Veracruz y Playa Vicente en donde se producen las variedades “San Andrés” y “Playa”.

Para los años de 1965-1968 el estado de Nayarit cosechó en promedio el 68.1% del total de tabaco producido en el país, que en su totalidad es un tabaco rubio de las clases Virginia y Burley, que también se obtiene en Jalisco. Veracruz ha venido aportando cantidades fluctuantes, en 1965 aportó poco más del 25% habiéndose recuperado hasta 1968 cuando obtuvo una quinta parte del total. Otras entidades productoras de tabaco son Oaxaca y Chiapas, las cuales producen, al igual que Veracruz, un tabaco oscuro. En Oaxaca desde el año de 1968 se inició la producción del tipo oriental.

En México el tabaco se produce fundamentalmente para el consumo nacional, de tal suerte que nuestras importaciones y exportaciones son relativamente insignificantes frente a la producción, como se demuestra con el análisis de los datos corres-

pondientes al mercado exterior. En 1956, con una producción como la antes indicada, se exportaron 353 ton, y se importaron unas 745 para cubrir un consumo de más de 54 000 ton. El año de 1963 fue el que registró los mayores volúmenes de exportación: 12 499 ton, y se importaron 3 644; se produjeron 67 581 ton, siendo el consumo de 58 726. En 1969 se produjeron en México 75 177 ton, se exportaron 8 277 y sólo se importaron 104, cubriéndose así un consumo de algo más de 67 000 ton. Todos estos datos los obtuvo el autor de las publicaciones de la Dirección General de Economía Agrícola. Las estadísticas oficiales sobre este tema llegan únicamente a dicho año, calculándose que los incrementos registrados hasta la fecha han seguido un ritmo semejante al experimentado para años anteriores.

La disminución en la importación se debe principalmente a que se inició el cultivo del tabaco rubio en México, el cual se puede considerar que ha alcanzado una buena calidad y que se cultiva, fundamentalmente, en el estado de Nayarit, con el cual se ha venido sustituyendo el tabaco de importación. Al mismo tiempo se han incrementado las exportaciones de tabaco.

En 1960, de las 87 fábricas registradas en la industria tabacalera, 57 elaboraban puros, 16 tabacos para pipa y rapé, y únicamente 14 fabricaban cigarrillos; pero los datos de producción de cada uno de estos grupos revela la importancia que tienen las empresas que se dedican a la manufactura de cigarrillos ante las que elaboran puros y tabacos para pipa y rapé. Según los datos del año 1959 los fabricantes de tabaco para pipa y rapé elaboraron 400 000 paquetes; los fabricantes de puros llegaron a 16.7 millones de unidades y en cambio, en el mismo año se fabricaron 1 700 millones de cajetillas de cigarrillos. El valor de la producción de esta industria fue de 569 millones de pesos, 7 millones correspondieron a la producción de puros. La de cigarrillos se ha ido incrementando a través del tiempo; así en el año de 1965 llegó a 817 millones de cajetillas y para 1966 aumentó a 1 851 millones. Finalmente, en 1969 alcanzó la cantidad de 2 031 millones de cajetillas.

Son tres las empresas que controlan la totalidad del mercado (95%); en 1960 de las 1 750 millones de cajetillas que se produjeron le correspondieron a "La Moderna" y a "El Águila", 1 400 millones; a la Tabacalera Mexicana, 300 millones y el resto se repartía entre tres medianas empresas que produjeron 35 millones y 8 pequeñas empresas que produjeron el resto. En 1965 la producción llegó a 1 817 millones de cajetillas, de las cuales correspondieron 1 599 millones a las tres antes mencionadas, o sea el 87.9% del mercado. En 1969, la producción fue de 2 031 millones, correspondiéndole 1 889 millones a las tres principales, o sea el 93.0%, lo que constituye un oligopolio, ya que controlan la producción, el mercado, las ventas y el cultivo del tabaco; se preocupan por contratar a los trabajadores, fijan los salarios y solicitan la protección arancelaria, desempeñando por lo tanto un papel preponderante en la regulación de esta actividad en México.

En las conclusiones que se consignan en la tesis, destaca fundamentalmente el hecho de la dependencia de esta actividad respecto de la tecnología y de la inversión extranjeras. Por otra parte, el autor ha pretendido, con un loable propósito, actualizar las informaciones en todos los aspectos, superando las alcanzadas hasta 1968 —las que consigna llegan a 1969, últimas confiables— por lo que se puede afirmar que se trata de un trabajo puesto al día, de positivo interés.—ALFONSO AYENSA.

BUEN ALEGATO PRO ARTE POPULAR DE MEXICO

Arte popular y artesanías en México (Un acercamiento), PORFIRIO MARTINEZ PEÑALOZA, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, Ed. del Boletín Bibliográfico, México, 1972, 124 pp.

Esta obra comprende tres ensayos monográficos, a saber: "Arte Popular en México. Cincuentenario de una exposición y de un libro", "Las artes populares en México (1922. Un ejemplar, segunda edición)", "Desarrollo artesanal en México. Un enfoque orientado a la exportación".

Los dos primeros se dedican a conmemorar el cincuentenario de la aparición del libro del notable pintor conocido con el seudónimo de Dr. Atl (Gerardo Murillo): *Las artes populares en México*, que en sucesivas ediciones (1a. y 2a.) aparece cada vez en dos volúmenes, en los años de 1921 y 1922.

Con motivo de la celebración, en 1921, del centenario de la consumación de la independencia mexicana, y la consiguiente entrada del Ejército Trigarante en la ciudad de México el 27 de septiembre de 1821, un siglo después, en la misma metrópoli, se realizó una exposición de arte retrospectivo, la cual fue dedicada al arte popular mexicano. Fueron sus organizadores directos los conocidos pintores Jorge Enciso y Roberto Montenegro. El Dr. Atl se encargó de redactar y dar forma a una especie de catálogo respectivo que, por la importancia misma del suceso, llegó a revestir la categoría de todo un libro monográfico que ahora, por su rareza y cualidades, es joya bibliográfica.

Hemos tenido la oportunidad de ver en la Biblioteca Nacional la segunda edición de la obra aludida, la cual resulta ejemplar, según dice Martínez Peñaloza, por lo aumentada; pero para nosotros, la posteridad, el mejor ejemplo estriba en que el Gobierno federal se preocupó consecutivamente porque se editaran, en 1921 y 1922, sendas ediciones del libro de Atl. Así, demostró en los hechos el interés que le suscitaba esta expresión de la personalidad artística nacional, desde los puntos de vista de su difusión, estímulo, etc. Este buen ejemplo tenemos el sentimiento de que no se haya repetido.

Desde entonces, en plena era abierta por la Revolución mexicana, se consideró en las altas esferas educativas del país y en los dominios oficiales, que el arte popular mexicano era monumento nacional, el que habrá de preservarse conjuntamente con otros que se heredaron del pasado o que son obra diaria del pueblo; pero esto fue sólo en el terreno de las declaraciones en la mayor parte de los casos.

Ahora bien, dado que la parte principal del libro de Martínez Peñaloza se dedica a fundamentar su petición de que la obra del Dr. Atl se edite una tercera vez con los debidos honores, dadas sus calidades, deja percibir ese vacío incongruente entre una actitud del Estado favorable a la preservación de un exponente tan elevado de la raíz nacional, pero no suficientemente comprobada en la práctica por la inexcusable falta de una política seria en este capítulo y en concreto sobre la preservación, la difusión obligatoria y pública o la asistencia técnicas en el campo de estas artes.

La proposición de Martínez Peñaloza sobre la reimpresión de

la obra aludida está bien fundada, porque se la analiza con criterio experto y se la compara ventajosamente con el momento presente. Para este efecto es muy positiva la exposición que hace aquél sobre descripciones y difusión actual de las artesanías en México. Por cierto que nada añade al libro hoy reseñado la consideración sobre la obra pedagógica del pintor Best Maugard, la cual tuvo vigencia efímera como dice Justino Fernández; si es buen barómetro para medir la preocupación por el "populismo" o culto a los valores nativos por dicho artista y Abraham Angel entre otros. Convendría, pues, una reedición crítica, separando lo relativo a las artes plásticas propiamente, según criterio que hoy predomina.

Ahora bien, el arte del pueblo, precario o no, tiene vida autónoma y ya puede ser condenado oficialmente o por la grande industria a desaparecer. Vivirá en tanto tenga su raigambre natural en la nación. Eso lo han demostrado los hechos. Don Lucas Alamán, iniciador de nuestra industria textil como estadista y empresario en el siglo pasado, ni siquiera tuvo en mente lo que sería el porvenir de las pequeñas artesanías de algodón o lana. El quería operar a lo grande y así con todo y que se abrieron fábricas movidas por la fuerza mecánica, como Cocoplapan y La Constancia Mexicana, no por eso dejaron de funcionar los telares de cintura o los de pedal, para seguir produciendo sarapes y rebozos de indiscutible belleza.

Del mismo modo hoy mismo, mientras los recipientes de plástico o metal no suplanten en los tianguis a jarros y cazuelas, proseguiremos teniendo magníficos ejemplares de cerámica estéticamente utilitaria o viceversa. Aparte de eso, ya hay casos aquí y en el extranjero de que la artesanía se torna verdaderamente suntuaria y, por cara y lujosa, no entra a la corriente comercial común, es pieza conspicua y hasta llega a ostentar la firma de su artífice.

Las cosas van mejor cuando el Estado interviene positivamente, según se ha demostrado en todos los países, ya sea en lo directo o creando sólo las infraestructuras necesarias en beneficio de los productores y del público consumidor nacional o extranjero.

Cierto, como lo hace notar el autor, que los objetos de arte popular son excelentes artículos de exportación. Se han estado exportando desde siempre. Lo que conviene es mejorar las operaciones en todos sus aspectos para que sean más fructíferas y beneficien a mayor cantidad de personas, al país por consiguiente.

La experiencia ha demostrado que, para exportar, el proceso deberá iniciarse por la asistencia técnica y económica de la preexportación, con el fin de obtener productos debidamente controlados; que la exportación ya está requiriendo productos *ad hoc*, con sus mejores características nacionales, mejor que simples excedentes. Dentro de las nuevas entidades exportadoras mexicanas muy profesionales, es de desearse que el arte popular encuentre amplio margen.

En fin, sobre las nuevas formas que se proponen para asistir técnica y económicamente a las artesanías, los cincuenta años de experiencia que abarcan los ensayos del libro de Martínez Peñaloza, ya son suficientes para indicarnos lo que la realidad exige en el tratamiento global del problema de las artesanías que, en su aspecto artístico, deberán considerarse monumento nacional.—LUIS CORDOBA.

LOS SERVICIOS DE CONSULTORIA TECNICA Y ADMINISTRATIVA

Desarrollo de los servicios de consultoría de gestión en América Latina, ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO INDUSTRIAL (ONUDI), Viena-Nueva York, 1972, 28 pp.

La estructura y funcionamiento de los servicios de consultoría de carácter técnico y administrativo para las empresas industriales, fueron objeto de un amplio examen en el curso de una reunión que tuvo lugar en la sede de la CEPAL, en Santiago de Chile, a mediados de 1971, y que fue continuación de deliberaciones sobre el mismo tema desarrolladas en Nueva York en 1966 y 1967 y en Tokio en 1969. Los documentos estudiados y las conclusiones y recomendaciones a que se llegó a esas sesiones han sido publicados en fecha reciente por la ONUDI y constituyen un paso importante en la acción encaminada a dotar a las entidades industriales y estatales de América Latina, en especial, de medios apropiados para la aplicación de tecnologías actualizadas en la resolución de problemas fundamentales en cuya persistencia radica la causa del insuficiente desarrollo de los países de la región. La recopilación de los diferentes textos forma un breve pero interesante opúsculo que es de suma utilidad para los elementos dirigentes de las administraciones del sector público y del privado. Aun cuando se denominan "consultoría de gestión" las actividades que fueron objeto de examen, de lo que se trata, en realidad, es de las funciones de consultoría tendientes a asegurar la buena marcha de las empresas tanto en el aspecto técnico como en el económico.

En las conclusiones adoptadas en la reunión de Santiago de Chile se refleja la carencia de asesoramientos que sean adecuados a las condiciones económicas y sociales de los países en desarrollo. La llamada "consultoría de gestión" se suele referir, sobre todo, al asesoramiento en estudios de viabilidad económica y de comercialización. Se afirma en dichas conclusiones que, ante la relativamente escasa utilización de los "consultores de gestión" en América Latina, algunas empresas consultoras aceptan contratos en el extranjero y un número considerable de consultores emigran de la región. Dicha consultoría constituye una necesidad, no menor que la de mejorar, cualitativa y cuantitativamente, la capacidad efectiva de los servicios latinoamericanos correspondientes.

En los debates entablados sobre esta cuestión se reconoció que tales países no disponen de elementos autóctonos debidamente capacitados para asesorar a las empresas y se propugnó la adopción de programas de adiestramiento de esta clase de personal, en los que participen, en calidad de maestros, especialistas internacionales en "consultoría de gestión" con el fin de formar cuadros aptos al respecto, siendo la ONUDI la indicada para proceder al eficaz cumplimiento de esta misión. Se sugiere que las Naciones Unidas designen una comisión que elabore un programa de trabajo encaminado al desarrollo de tales servicios, buscando la cooperación de los organismos nacionales competentes de América Latina. La comisión debería poner en marcha un plan de consultoría de diagnóstico bajo la dirección de un consultor nombrado por la ONUDI, quien sería personalidad de renombre mundial profundamente familiarizado con la aplicación de métodos científicos y capacitado para enfocar de un modo sistemático la solución de los complejos problemas de la gestión

con un sentido práctico. El personal técnico estaría formado por un pequeño grupo de consultores y de educadores competentes, en el que habrían de figurar representantes de organizaciones regionales latinoamericanas de consultoría; posibles clientes latinoamericanos de los servicios de consultoría (tanto del sector público como del sector privado); educadores latinoamericanos; educadores extranjeros, y organizaciones internacionales especializadas. Deberían establecerse subcomités en las esferas de: educación, gestión científica, ciencia de sistemas, ciencias sociales, operaciones comerciales y operaciones técnicas. La coordinación entre los distintos comités se conseguiría mediante la intervención de cada uno de los funcionarios en diversos comités. Los procedimientos y funciones de la comisión estribarían en el estudio e identificación de objetivos y políticas básicos para el desarrollo de un sistema de consultoría latinoamericano más eficaz; el desarrollo de un Banco de Datos Integrados (BDI) para la recopilación y cotejo de todos los relacionados con el desarrollo, servicio que funcionaría por medios electrónicos (computadoras) y contaría con un sistema de actualización continua de la información. Prepararía una lista de consultores latinoamericanos, indicando sus especialidades. Los datos de esta lista deberían estar uniformados para su inclusión en el BDI como parte del programa global.

Como es lógico tratándose de consultoría orientada a impulsar el desarrollo, la preocupación predominante en las reuniones mencionadas —y que se recoge en las páginas del libro que comentamos— es el tema referente a la formación profesional de los consultores, resaltando la complejidad de los problemas educacionales de América Latina en cuyos países existen la tendencia tradicional a enseñar conocimientos concretos en vez de desarrollar la capacidad analítica del alumno y también a conceptuar los factores políticos y las relaciones públicas como si fueran de mayor importancia para el éxito económico que la capacitación puramente profesional. Se apunta en este documento que debe establecerse una clara distinción entre el mero deseo de un desarrollo económico y la voluntad efectiva de tomar las medidas necesarias para el mismo. El enfoque tradicional de resolver los problemas del desarrollo valiéndose de manera casi exclusiva de la concentración de las inversiones está condenado al fracaso, ya que si las técnicas de gestión convencionales siguen dando más importancia a los síntomas que a los problemas básicos no habrá inversión que baste para alcanzar los objetivos propuestos. De aquí la importancia de formar consultores de gestión capaces de descubrir cuáles sean los problemas básicos, y plantearlos objetivamente.

Para una escuela de formación profesional —anota este trabajo— el hecho de formar parte de un contexto universitario es una situación envidiable, aunque algo difícil, siendo fundamental que su cuadro docente se mantenga en contacto —vinculación funcional— con el personal docente de las restantes disciplinas que se cursen en la universidad y con los profesionales en activo dondequiera que estén empleados: en la industria, en la función pública o en las empresas particulares de consultoría, todo ello a través de seminarios en los que participen catedráticos, consultores profesionales y directivos de empresa, etc. Por ejemplo, en la Universidad de Washington se ofrece a los alumnos graduados posibilidades de trabajar como consultores auxiliares en la industria, en la que algunos miembros del personal docente ejercen de manera continua funciones de asesoramiento. De hecho, mediante el establecimiento de estos vínculos, la industria facilita laboratorios de gestión a las universidades. Respecto a la naturaleza de la combinación de

Washington indica que el mejor enfoque es el establecimiento de un equipo multidisciplinario. El profesorado debe, por lo general, orientar a los alumnos graduados cuando es preciso fundamentar documentalmente los resultados, y ha de darse tiempo (normalmente de dos a tres meses) para que dicho profesorado se familiarice con la terminología técnica de un problema. Hay, pues, acuerdo general sobre la conveniencia de utilizar la industria como laboratorio para las escuelas de administración comercial, ya que los casos de la vida real resultan muy superiores a las meras hipótesis teóricas para el desarrollo de las aptitudes de dirección de las empresas.

El problema del desarrollo económico es esencialmente un problema de comportamiento. La planificación, la elaboración de presupuestos y el control de actividades son aspectos centrales de la gestión, como lo son también en el contenido matemático y tecnológico de la capacitación de gestión y la concomitante productividad de la mano de obra. Así, la introducción de la nueva tecnología es importante para el progreso económico. Para ello, es fundamental la colaboración de la industria con las universidades. Mediante la participación de la universidad de un país en desarrollo en el proceso productivo, dicho país puede llegar a soluciones tecnológicas que correspondan debidamente a sus necesidades. Todo consultor debe ser sensible a las influencias culturales significativas pero se cuidará de no dar excesiva importancia a las diferencias culturales entre países. Un buen consultor debe despertar la confianza del cliente, tanto en su persona como en su capacidad, y por ello no conviene, evidentemente, que produzca la impresión de considerar superior su propia cultura. La universalidad del desarrollo económico tiende a nivelar los desfases culturales y hace más fácil la labor del consultor internacional. El sentido de responsabilidad de un director de empresa y su capacidad para aplicar los principios básicos de la gestión es lo que determina su valía. La filosofía vital del director de empresa influye grandemente sobre su método de actuar. El ambiente en que vive influye considerablemente sobre sus acciones. Aparte del ambiente, su trasfondo cultural tienen gran influencia sobre sus mecanismos mentales de decisión. La cultura puede variar en el interior de cada región, de cada país y de cada provincia. Esta es, en esencia, la manera de ver dicha cuestión por los elementos de la ONUDI que se refleja en la publicación que comentamos.

En cuanto a los servicios, las organizaciones de consultoría de gestión pueden ofrecer a los países en desarrollo los siguientes: estudios de productividad; de organización y de política industrial; de viabilidad; de desarrollo industrial; de diagnóstico y definición de problemas. En el ámbito de los servicios de consultoría internacional es obvio que éstos han de familiarizarse con los problemas de las regiones en desarrollo y conservar al día su información sobre las mismas. Muchas empresas de consultoría exportan sus servicios. Francia, por ejemplo, tiene un número importante de clientes latinoamericanos. La competencia extranjera más importante procede de los consultores norteamericanos, que actúan cada vez más en América Latina y en los Países Bajos y en Suiza. Ciertas empresas de renombre (tanto europeas como no europeas) tienen sucursales en varios países de Europa y emplean consultores tanto del país de la empresa como locales. Apenas existe cooperación entre los consultores europeos y no europeos. Es importante la tarea del consultor en actividades de comercio exterior y son elementos indispensables al respecto los servicios de documentación técnica y administrativa, en especial en los aspectos legales y estadísticos.—ALFONSO AYENSA.